

# La mamá de Francisco Francisco

Fer Nante

Image not found.

## Capítulo 1

Realmente no puedo salir de mi asombro ni mucho menos dejar de contarlo. Fue un paciente que tengo, llamémoslo Francisco Francisco, que sin salir de lo habitual me contaba sus anécdotas de la semana, sus vaivenes emocionales, sus múltiples relaciones amorosas, sus pocas amistades, en fin, un paciente más al cual no esperaba de él algo emocionante.

La verdad es que la rutina aburre, y el aburrimiento me llevó a desmejorar mi atención, lo que puedo resumir de modo sencillo: ya no era un buen profesional y el número de mis pacientes disminuía. Para colmo, la mayoría de los que me iban quedando, eran aquellos que habían llegado de la mano de su madre, contándome de modo casi vergonzoso situaciones totalmente normales para un joven. Consideraba que tantos años de estudios de libros extraños y perversos quedaban en los pupitres de la universidad. . En mi clínica no sucedía nada. Donde sí ocurrió algo fue en la casa de Francisco Francisco.

Él estaba triste por la muerte de su madre. Si bien con sus 25 años se estaría convirtiendo en adulto, aún mantenía algunos lazos de dependencia con ella. Por lo cual a la tristeza y melancolía típica por la muerte de un ser querido se le sumaba estas dependencias a las cuales debía abandonar tarde o temprano.

Una tarde a un mes de su muerte, me comentó que había estado rezando más de lo normal. Que desde pequeño no lo hacía y que ahora se veía sorprendido por su necesidad de colocarse de rodillas, cerrar sus ojos y ver frente a él en la oscuridad, un ser al cual poder conversarle. De tanto hacerlo, o quizás fueron los narcóticos **me dijo él** que efectivamente un ser apareció a su lado golpeándole suavemente el hombro derecho.

Ey, abre los ojos de una buena vez, que no tengo mucho tiempo

Hola, quién eres.

Soy quien te puede ayudar. Me has invocado y estoy aquí para concedértelo. Vale, que no tengo mucho tiempo, no eres el único necesitado en esta vida, ni en este mundo.

Creéme que no sé muy bien qué debo hacer. O mejor dicho, a qué has venido.

Bueno ya está bien, vamos que me aburro y tengo prisa. ¿Deseas algo o qué? Ambos sabemos que sí, pero debes perdmelo en voz alta. Te doy diez segundos, de lo contrario me iré sin escucharte, y la oportunidad no

la volverás a ver ni con los ojos vendados.

Está bien está bien. Me has convencido. Espera. Si sabes que es lo que deseo, entonces comprende que no es fácil. Quiero a mi madre de vuelta, quiero que mi madre esté aquí, que la pueda ver por todas partes, en toda la casa, al mismo tiempo y en todos lados y haciendo todo lo que ella hacía. ¿Sí? Pero sin trampas... que la quiero viva, no muerta ni hecha un zombie. No te pases de listo porque te invocaré nuevamente, sea quien seas y me verás muy enojado. Quiero que mi madre esté por toda la casa, ya.

De acuerdo. Imbécil.

Francisco Francisco, reprodujo el rostro que había hecho en ese momento de la historia. Un rostro sorprendido por la respuesta de la aparición, por la hostilidad, por su apuro a cumplirle su deseo y su saludo final. De acuerdo, imbécil.

Aparentemente, Francisco no le habría resultado simpático al ser.

Hasta ahí sin sobresalto la historia de mi paciente, pero él remató:

Y sabe qué doctor, ella reapareció, bien viva, nada muerta. Pero con un dejo en su mirada, como sabiendo que no debía estar, como que si estuviese de compromiso pagando una cuenta pendiente, como que si hubiera regresado en contra de su voluntad... y sí... estaba en toda la casa haciendo de todo tal como lo pedí... Por toda la casa, insisto: por toda la casa. Mi madre regresó por siete. Siete madres en mi casa. No sé si usted lo sabe pero mi casa no es demasiado grande.

Había regresado de correr en el parque para despejar mi mente. Justamente se me había cruzado por la cabeza retomar el empleo que había abandonado y realizar estos ejercicios mentales que me había aconsejado usted para poder superar esta situación. Y allí estaba ella, en el hall de la casa limpiando las hojas que el maldito otoño se empeñaba año a año para inundar mi casa. Mi casa, su casa. La abracé y lloré, aún sabiendo que algún truco habría, que podría desaparecer o volver a morir, hablar extraño, olvidar quién era, olvidarme. Sin embargo todo marchaba bien, ella era ella, la de siempre, pero con ese aire melancólico que le había mencionado anteriormente.

Feliz, dispuse entrar a mi hogar para bañarme y colocarme ropa limpia y compartir una cena con ella. Llamaría a mis hermanos, llamaría a mi padre, que si bien ya no se amaban, se pondría muy contento al menos por mi parte de saber que mi madre había regresado. Haría de cenar, pondría la mesa, colocaría música o encendería el televisor en una buena película para colocar de fondo en la cena. Realmente la había extrañado y me hacía feliz saber que no era un sueño, porque no lo era, no lo era, no

lo era, yo distingo muy bien lo que es un sueño y lo que no. Ya hablamos de esto. Y sabe usted que problema con esa situación no tengo.

Así que caminando hacia el lavadero en vista de dejar de lado la ropa traspirada, vi a mi madre, mi madre nueva, cocinando, lavando, barriendo , cocinando, lavando, barriendo.

Hola querido, ya va a estar la tarta.

Me había cocinado tarta, no era casualidad. Era mi deseo mental, cenar tarta de jamón y queso y esperar que también, se enfríe mi gaseosa lo suficiente para saborearla con mi comida favorita.

Vamos, báñate pronto que la comida ya está casi lista.

Mi corazón se aceleró... y no sé por qué, sin chistar, obedecí. Quizás por temor. Sabía que algo estaba mal.

Me bañé muy rápido, me cambié, y al atravesar un vestidor en desuso desde casi que se construyó esa casa, estaba allí otra vez, planchando unas camisas que vaya a saber si era mías. Quizás tuyas. Y no era la misma, no. Mi madre que cocinaba estaba allá en la cocina, la oía silbar. Y al mismo tiempo, una madre más, una madre mía, cruzaba el pasillo para dirigirse al otro baño más lejano apresurándose quizás por una necesidad fisiológica. No recuerdo bien que hice en ese momento, pero habría pasado quizás 10 minutos. 10 minutos sin saber qué hice, tal vez, quedándome parado observando la plancha ir y venir por los bordes de las camisas, sin entender demasiado lo que estaba sucediendo. Y no estaba soñando. No. No. No. No estaba soñando.

¿Por qué me dirigí a su pieza para volver a ver a otra madre? Quizás sabía por qué... Porque sabía en ese instante que esta historia se la contaría a usted al día siguiente. Me imaginé en ese momento contándosela a usted. Sí, al día siguiente aunque no tenga cita, pero tomaría una cita especial de esa que usted me había reservado para cuando lo necesite. Sé que tendría sólo una y supuse en ese momento, creo que sí que lo supuse, que sería muy oportuno pedírmela para el día siguiente. Entonces debía continuar buscando por la casa más madres, porque en cuanto mas madres mejor, mejor historia, más me escucharía usted, más pastillas quizás me podría recetar y más tranquilo me vería de inmediato al tomarlas y dejaría de ver muchas madres. Yo sólo quisiera ver una, aunque con la condición de estar seguro que ella sea feliz de estar allí nuevamente.

En fin, fui hasta su habitación y allí estaba, recostada, con su libro en su pecho y el velador encendido. Había quedado dormida.

---ooo---

Por supuesto que no tomé nada en serio lo que me decía Francisco Francisco, pero debía acompañarlo hasta el hogar para que el recetado de las pastilla tenga una lógica. No podía recetarle algo sin estar seguro que lo que me contaba era puro cuento o si realmente él estaba teniendo esas visiones. Tengo mis trucos para saberlo pero debía presenciar el lugar donde él me aseguraba que sucedían las cosas.

Llegamos a su casa. Como había de esperarse, allí no había nadie. Sólo el televisor encendido en una película española, algunas luces encendidas y nada más, y nadie más. Me mostró la casa, me ofreció un poco de su gaseosa y hasta una porción de la tarta que había sobrado de la noche anterior. No acepté nada. Ni la mitad del agua que dejó luego de guardar la gaseosa.

De repente se oyeron las llaves de la puerta. Desde la calle ingresó una señora de contextura y edad de unos 65 años de edad sin ningún rasgo fuera de lugar más que el que me llamaba la atención: un dejo de tristeza en su andar. *Hola hijo*, y lo saludó con un beso en la frente. Ignorando mi presencia se dirigió hasta la cocina dejando los productos de supermercado sobre la mesada. Comenzó a acomodar las cosas suspirando por el esfuerzo que le demandaba. Antes que finalice, observé cómo la misma señora, sí... la misma señora, ingresaba a la casa desde el patio al cual no le había prestado atención anteriormente. Con sus manos sucias de tierra y una pala, terminó de acercar unos plantines y los acomodó bajo la ventana del patio de luz. Como de la nada, de allí surgió otra madre con una regadera en su mano, mojando también los ventanales que por falta de limpieza ya se veían un poco traslúcidos.

Y otra más en el baño, otra de la habitación, otra que apagaba el televisor. Quizás yo también esté loco, o haya respirado ese maldito aire viciado de esa casa. Lo extraño es que ambos tengamos las mismas visiones. O pensé, que quizás me haya creído la historia que él inventó y sea yo el único que esté observando esas 7 madres. Regresé al día siguiente y al otro. Tres días seguidos y en los tres días la misma experiencia. Al comienzo nada, y de repente aparecían las 7 madres. El tercer día, por fin una de ellas me observó y me invitó a cenar. Acepté. ¿Qué me podría pasar? Y en verdad no pasó nada, pues aquí estoy una semana después narrándolo y dejando por escrito luego que mi psicólogo colega me haya recomendado que repose, que me tome unas vacaciones y que deje de inventar historias, para volver a ser el mismo profesional que era antes.

La tarta estuvo exquisita. La coca cola, no necesito hielo, pues estaba casi helada.